



Hace no mucho, el ingenio de un usuario anónimo en una red social me hizo sonreír: *En la vida todo es cuestión de perspectiva. Para las langostas que estaban en la pecera del Titanic, fue un milagro lo que pasó.* Y es verdad. Todo depende del punto desde el que se mira.

Estados Unidos. Marzo de 2011. El Mardi Gras de Nueva Orleans es un espectáculo digno de ver y vivir. Música, color, desfiles y collares que llenan días de excesos previos al recogimiento y la sobriedad de la Cuaresma. *Krewes* que trabajan durante todo el año para que el público admire y celebre una fiesta marcada por la tradición franco-española, africana y criolla. Jornadas donde normas y convencionalismos sociales pueden romperse bajo el amparo de la cultura y el turismo.

Para quien no lo conozca, en el Mardi Gras hay dos *krewes* o comitivas principales: la Krewe of Rex y la Zulu Social Aid & Pleasure Club. La Rex, fundada en 1872, es la más antigua y prestigiosa y su Rey Rex es considerado el “rey del carnaval”. La Zulu, de 1909, nace como expresión de la comunidad afroamericana trabajadora y como alternativa a la segregación racial, con un papel clave en la historia social de la ciudad.

Cada *krewe* posee su propia simbología. Mientras la Rex presume de corona y se viste de púrpura, oro y verde, el coco es el trofeo máspreciado por los seguidores de la Zulu. Un coco vaciado, pintado de negro y cubierto de purpurina que el rey entrega honrando a quien lo recibe.

Buscando la autenticidad de la fiesta, acabamos bajo el puente de la interestatal (en una zona que nunca aparecerá en un folleto turístico), atrapados entre una muchedumbre de afroamericanos que bailaban y reían al son de la *marching band* que acompañaba la carroza del Rey Zulu. Su desbordante alegría y su imponente presencia me hacían sentir como una niña pequeña en medio de un tumultuoso gentío, por lo que decidimos salir del meollo y buscar un hueco en la acera desde donde poder ver el espectáculo con relativa tranquilidad. No fuimos los únicos y hubo que conformarse con una segunda (o tercera) fila y ponerse de puntillas para no perder detalle, atisbando a través de los resquicios que dejaban las cabezas.

Desde hacía ya varias ediciones se había dejado de lanzar los cocos a la multitud para que el más hábil, alto o espabilado los cogiese al vuelo. Demasiados problemas de seguridad y alguna que otra demanda por lesiones llevaron a la organización a cambiar de estrategia así que, llegado el momento, era el rey quien ordenaba detener su carroza, señalaba al afortunado y su comitiva hacía entrega del ansiado botín. Y hete aquí que estirándome todo lo que podía, vi que la carroza se detenía a unos metros de distancia.

Alcancé a ver que el soberano zulú señalaba con su real dedo a alguien que se encontraba por mi sector. Vi cabezas que se giraban y giré yo también la mía, intrigada, pero no había nadie detrás porque la vorágine y algunos codazos nos habían relegado a la última fila. Redirigí la mirada hacia el desfile y observé que el majestático apéndice se movía cual parabrisas en pleno aguacero antes de volver a señalar hacia mi zona. Nuevo giro de cabezas con sus rizos y pelucas y el coco comenzó a pasar de mano en mano hasta ser depositado en las mías. Sorprendida, observé que el Rey Zulú me sonreía y que todos los que me rodeaban comenzaban a felicitarme. Sonrisas de oreja a oreja, llenas de dientes blancos resultones sobre una amplia gama de tonos de piel oscuros.

No fue hasta el día siguiente cuando, comentando la anécdota con los compañeros de trabajo, pude intuir el gran valor del coco. *¿De verdad tienes un coco zulú? ¿Lo traerás para que lo veamos? ¡Mi sueño es conseguir uno!* Y me puse a analizar la situación, llegando a la conclusión de que el rey se fijó en mí por ser la única persona blanca entre el público.

Ahí estaba yo, la minoría destacando entre la mayoría.

Corea del Sur. Julio de 2012. Llevaba días esforzándome en pronunciar correctamente el 안녕하세요 - nuestro “hola” o “buenos días”- que en surcoreano suena algo así como “añón-ha-seo”, con hache aspirada. Practicaba delante del espejo y escuchaba y re-escuchaba la locución del *Google Translate* para no trabarme con el 감사합니다 (“gam-saha-mni-da”, sin hache aspirada), cuando me tocase dar las gracias.

El día D, cuando se abrieron las puertas del espectáculo y llegó el momento de estrenarme con una familia con un bebé, la criatura comenzó a llorar. Se hace necesario explicar que mi cometido en Corea del Sur consistía en dar la bienvenida a los asistentes a un evento, indicarles la entrada o salida y ser amable. Pero pese a mi voluntad manifiesta y a que no me había equivocado en ninguna sílaba, el niño no callaba. Al contrario, cada vez se desgañitaba más. ¿Problema? Que con esas dos palabras acababan mis conocimientos de coreano y que a la familia, el inglés -mucho más el español- le sonaba a chino. Así que solo nos quedaban los gestos: ellos sonreían, yo intentaba hacer carantoñas al niño mientras ponía cara de circunstancia a los padres y me inclinaba ante ellos juntando las manos en señal de respeto, como se hace en Japón. Pero esto es Corea. ¿Y si aquí no es adecuado? El churumbel berreando cada vez más fuerte y toda la fila de invitados más interesada en nuestro show que en el que habían pagado. ¡Quién me mandaría a mí meterme en esto!

Al instante se acercó mi supervisor -surcoreano con conocimientos de inglés- a ver por qué razón el silencio y la discreción generalizada de los 50 millones de habitantes del país se estaban viendo perturbados. Intercambiaron varias frases totalmente ininteligibles y, tras calmar al niño, procedió a explicarme la situación: lo que había desatado el llanto de aquel infante era mi cara.

¡Quién me iba a decir que mis comunes rasgos caucásicos, mis corrientes ojos almendrados, mi típico rostro ovalado y mi nada extraordinario puente nasal proyectado iban a generar todo un abanico de sentimientos entre la sorpresa y el miedo que casi acaba en conflicto diplomático!

Mi cara occidental. La cara de más de 1.000 millones de personas en el mundo. ¡Una cara de las de toda la vida! Pero, claro, de las de toda la vida de aquí, de mi pueblo, de mi país, de mi continente... antes de la globalización. Pero claro, no una cara de las que había visto el niño ahí, en su pueblo, en su país, en su continente... a lo largo de su corta vida. Y le dio miedo porque no eran unos rasgos familiares, cotidianos, compartidos. Eran diferentes.

Ahí estaba de nuevo yo, en más minoría que nunca dentro de una exótica mayoría.

Marruecos. Agosto de 2024. Salir de las rutas turísticas intensifica la experiencia llevándote por derroteros, cuanto menos, curiosos. Perdidos en medio de la nada, sin un roaming que te dé seguridad, traducción y orientación, decidimos coger un autobús y cruzar los dedos.

Taquilla-billete-asiento numerado-autobús es la secuencia lógica de solo una parte del mundo y cuando no se sigue este razonamiento, hay que espabilar. Sin una parada física a la que poder acudir, nos acercamos corriendo al lugar en el que se formaba una pequeña aglomeración al ver aproximarse un bus. Estaba claro que no todos los ahí presentes -humanos, gallinas y bultos varios- íbamos a poder subir y aún más que nosotros sí teníamos que hacerlo porque no podíamos perder el barco que nos devolvería a la cotidiana seguridad de lo conocido. Así que, sintiéndolo mucho y aunque nunca lo hubiera imaginado de mí misma, algún empujón maleducado se escapó. Desde aquí mis más sinceras disculpas.

Entramos cual sardinas enlatadas y sin mirar por las ventanillas para no sentir remordimientos por los menos afortunados (más respetuosos, mejor dicho). Sobra decir que éramos los dos únicos occidentales y que yo era una de las pocas mujeres y, sin duda, la más joven. Al poco de arrancar el motor, comenzamos a observar miradas entre los nacionales. No las tacharía de intimidatorias pero llamaban la atención porque todas acababan en nosotros y, más concretamente, en mí. Unos kilómetros más tarde, a las miradas

estratégicas se sumaron ciertos movimientos de viajeros que, cual piezas en un tablero de ajedrez, se movían de manera coordinada, liberando asientos que rápidamente eran ocupados por otros pasajeros.

Siendo nuestra primera vez en el país y en una experiencia viajera tan autóctona, nos hicimos los suecos, como si no estuviese pasando lo que estaba pasando. Pero cada vez teníamos más ganas de llegar para bajarnos del autobús y de la incomodidad que estábamos viviendo.

En esas andábamos cuando una carambola de “tú te levantas de aquí y te pones allá porque el de más allá se va acullá” deja un asiento vacío y me indican que me siente. Lo que me siento es incómoda porque la deferencia que se está teniendo conmigo no se tiene con las otras mujeres presentes que, al menos en apariencia, me superan por mucho en edad. Y aunque preferiría declinar el ofrecimiento, pienso que puede entenderse como una falta de respeto y, con ligeras inclinaciones de cabeza, agradezco el gesto.

Las miradas de punta a punta del bus no acaban y prosigue el baile de parejas. El de la ventanilla de la cuarta fila se intercambia con el que se agarra a la barra de seguridad y el pobre señor que se había quedado adormilado en el asiento del pasillo de la fila 18, justo a mi lado, recibe un codazo y se tiene que levantar. Y todo para que el otro único occidental ahí presente tome asiento a mi vera.

Continuamos viaje hasta destino agradecidos pero incómodos, ahora ya debido a nuestros prejuicios. Habíamos recelado de las miradas dando por hecho que la situación inversa no se habría producido.

Una vez más, yo menor en una melodía mayor.

Ejercemos la diferencia cuando somos mayoría y la sentimos cuando somos minoría.

... El Rey Zulu destacó al elegido sin pizca de envidia, odio o rencor por parte de los legítimos beneficiarios. El coco era solo un coco y las personas, solo personas. Y sonreí.

... El niño reaccionó con miedo hacia lo diferente, hacia lo desconocido. Desde la desinformación y la inexperiencia, no supo ver más allá de la apariencia. El miedo provoca miedo; el entendimiento y la comprensión son la única solución. Y sonreí.

... El barco zarpó puntual con nosotros y una lección de hospitalidad a bordo. Dejamos los prejuicios en el muelle y partimos con un bonito recuerdo en la maleta. Y sonreí.

Abracemos la diferencia desde la empatía, la convivencia y el respeto. Porque en la vida, tanto para las personas como para las langostas, todo es cuestión de perspectiva.